

El legado transgresor de Victoria Ocampo

Luz Nereida Lebrón

Universidad Ana G. Méndez

Puerto Rico

En tiempos donde el espacio público era casi exclusivo de los hombres, Victoria Ocampo escribía, editaba, opinaba. Lo hizo sin preguntar, con la autoridad de quien sabe que la palabra es un arma y es poder. Fundadora de la revista *Sur*, dialogó con Borges, Virginia Woolf y se transformó en una de las mujeres más transgresoras del siglo XX argentino. Su legado no se limita a los libros que publicó, sino al impacto que dejó en una sociedad que intentaba silenciarla.

La sociedad y la oligarquía argentina en la época de Ocampo

Victoria Ocampo nació en Buenos Aires en 1890, en el seno de una familia de la oligarquía agroexportadora argentina. Sus ancestros habían fundado la nación. Era una sociedad clasista, patriarcal, en la que las mujeres de clase alta eran consideradas adornos, seres obedientes y no agentes pensantes.

De niña fue educada por institutrices extranjeras; viajaba a Europa con frecuencia. Victoria aprendió a hablar primero en francés y en inglés; después llegó el castellano como tercer idioma. Pero incluso con estos privilegios, experimentó el machismo en carne propia. De niña quiso ser actriz, pero su padre se opuso; pensaba que era un buen oficio para una niña de su clase; todas las actrices eran prostitutas. La niña desahogó su frustración refugiándose en los libros, pero su madre le prohibió leer libros inmorales para una mujer (entre ellos estaba *De profundis* de Oscar Wilde) y tuvo que empezar a esconder libros debajo de la almohada. En 1910 (a los 20 años), cuando las mujeres no salían de casa, salvo a misa y con la vista clavada en el suelo, Ocampo se bañaba en Mar del Plata, no en la playa de mujeres, sino en la que le daba gana. Bailaba tango, ese baile que muchos consideraban indecente (en una época llegó a ser censurado por el Vaticano), montaba a caballo en *breeches* y no en polleras. También escribía para los

principales diarios del país (algo mal visto en la sociedad), fumaba en público, era agnóstica, no católica como era lo esperado, conducía automóviles (fue la primera mujer en Argentina en obtener el registro de conducir) y usaba pantalones en público. Cuando salía (siempre sola), iba ataviada con los trajes de vanguardia de la época. Los hombres, al verla pasar, le gritaban: "¡Andá a lavar platos a tu casa!".

Se casó a los 22 años para escapar del autoritarismo paterno y tuvo una extensa luna de miel en Europa. Pronto se da cuenta de que su esposo tampoco apoyaba su carrera como actriz. Encontró una carta en la que su esposo le decía a su padre que las tonterías de actriz se desvanecerían cuando quedara embarazada. Se sintió traicionada. Ella no quería ser madre, otra de sus resistencias. A los cinco meses de matrimonio, conoció al amor de su vida, un primo de su marido. De vuelta en Argentina, continuaron en espacios separados, ya que se mudó sola. En Argentina se autorizaba la separación de cuerpos, pero no la disolución del matrimonio. Victoria Ocampo podía separarse, pero no divorciarse. Las consecuencias de la separación eran que no podía volver a casarse y continuaban siendo esposos. El adulterio femenino era un crimen y causa de divorcio automático. El hombre podía tachar de adúltera a la mujer; ellas no. El marido podía ser adúltero siempre y cuando no tuviera la concubina en el hogar conyugal. Una mujer burguesa acusada de infidelidad se enfrentaba a la condena social, pues quedaba excluida de círculos, fiestas o clubes, no podía disponer libremente de sus bienes sin el permiso del marido del que se había separado y, en caso de tener hijos, perdía la patria potestad. Durante años Ocampo mantuvo en secreto su relación con el primo de su marido, por eso aprendió a conducir, pues, aunque tenía chofer, no podía correr el riesgo de que algún empleado cometiera alguna indiscreción. En su libro *Testimonios* (1977) escribe: "No se me perdona haber vivido como si fuera libre". (*Testimonios* 112)

Conviene repasar la Argentina de entonces para contextualizar la figura de Victoria Ocampo. A fines del siglo XIX y principios del XX, Argentina se encontraba en su época dorada gracias al modelo agroexportador y la conexión privilegiada con Europa, en especial con Gran Bretaña y Francia. La aristocracia porteña se consideraba una prolongación de la cultura europea; imitaba sus modas, su educación, su estilo de vida.

París era el modelo de civilización y formar parte de esa clase significaba hablar francés, ir a la ópera, viajar al extranjero, tener un comportamiento social “impecable”.

Pero esa sofisticación coexistía con una gran desigualdad interna. Mientras las familias aristocráticas prosperaban gracias al comercio internacional, las clases bajas — inmigrantes, obreros y campesinos— vivían en condiciones deplorables. En ese sentido, las aristócratas como Ocampo vivían en una jaula dorada: tenían privilegios materiales, pero estaban sometidas a códigos sociales que les negaban autonomía intelectual y pública.

La educación de las mujeres se orientaba a formar esposas y madres refinadas, no pensadoras. Ocampo recordaba en sus *Testimonios* que le prohibieron ir a la universidad o publicar bajo su nombre. La imagen femenina en esa sociedad era sumisa, devota, recatada y dependiente. Una mujer que expresara una opinión o que mostrara actividad intelectual era considerada una amenaza al orden establecido.

La oligarquía argentina era también un sistema cerrado de reproducción simbólica. Los apellidos, las amistades, los matrimonios, los modales marcaban la pertenencia de clase. En ese universo de apariencias, la mujer debía encarnar la continuidad moral de la familia, no su cuestionamiento. Ocampo, en cambio, rompió con esos paradigmas desde dentro: aprovechó su formación, su fortuna y sus contactos para desarrollar un proyecto cultural propio y transformar un privilegio de clase en un instrumento de liberación.

Su transgresión fue, pues, doble: de género y de clase. Al fundar, escribir, traducir y dirigir una revista intelectual, se salió del papel decorativo que la sociedad le reservaba. En una Buenos Aires todavía dominada por la oligarquía, Ocampo hizo de su posición social un punto de resistencia. Su cosmopolitismo —tan censurado por algunos— fue una manera de abrir las ventanas de su patria a nuevos vientos.

Como dice la crítica literaria Beatriz Sarlo, "Ocampo encarna la contradicción de su clase: utiliza los códigos de la élite para subvertirlos, y desde la cultura, desplaza los límites de lo permitido para las mujeres" (*Una modernidad periférica* 85). Esa contradicción entre privilegio y rebeldía marca su singularidad: una aristócrata que decidió ser moderna,

independiente e ingresar en la esfera pública en una sociedad que le exigía silencio y obediencia.

Griselda Pollock y la mirada feminista

Desde los estudios culturales feministas, Griselda Pollock propone un marco para entender la radicalidad de su gesto. En *Vision and Difference* (1988), Pollock recuerda que "la historia del arte y la cultura ha sido escrita desde una mirada masculina que sitúa las mujeres en objetos de contemplación, no en sujetos de creación" (12). Ocampo rompió ese espejo: se rehusó a ser objeto y se convirtió en sujeto, en mediadora, en voz. Su escritura y labor editorial son un acto de resistencia estética, de interrumpir —como sugiere Pollock— la mirada que naturaliza la ausencia femenina en la historia (15).

Una mujer contra su clase, su época

Hija de una familia aristocrática, Ocampo fue educada para callar, no para pensar en voz alta. Pero su pasión por los libros y su sentido de la realidad la obligaron a desobedecer. En *Testimonios* escribe: "A mí me gusta oírme pensar, aunque el oírme pensar haya sido un escándalo para muchos" (43). Esa frase la define: una mujer que piensa en voz alta, aunque el precio sea el escándalo.

Para Pollock, las mujeres creadoras hacen pasar el sujeto femenino "del margen al centro" (21). Y eso hizo Ocampo. Y desde su escritorio y desde *Sur*, se situó en un mapa cultural que no la esperaba. En vez de resignarse a la inmovilidad que su clase le dictaba, hizo de su privilegio un instrumento de cambio. Y a partir de ahí, abrió las puertas a otras voces.

La revista *Sur*: centro cultural y nexo cosmopolita

La revista *Sur*, que Victoria Ocampo crea y apoya desde 1931, no fue solo una revista: fue el centro simbólico de todo un proyecto cultural. La revista dio a conocer en lengua castellana a muchos autores del Viejo Mundo y viceversa; muchos de ellos se alojaron en su casa.

He aquí mi proyecto: hacer una revista que se ocupe principalmente de problemas americanos, bajo sus varios aspectos, y donde colaboren americanos que tengan algo que decir y europeos que se interesen en América. El leitmotiv de la revista será este, pero también tratará otros temas. (*Testimonios I*, p. 22). 9)

Bajo su dirección, *Sur* perduró más de seis décadas (hasta 1992) y se transformó en una de las revistas literarias más importantes del mundo hispánico, por su regularidad, calidad y por crear un campo intelectual.

Desde el primer número, Ocampo formó un consejo extranjero de ilustres personalidades: Ernest Ansermet, Drieu La Rochelle, Leo Ferrero, Waldo Frank, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Jules Supervielle, José Ortega y Gasset. Ese consejo no era retórico ni ornamental: daba legitimidad cosmopolita a la revista, le daba una "inscripción internacional" que contribuyó a vincular América Latina al mapa literario europeo.

En el consejo de redacción argentino figuraban nombres de la talla de Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, María Rosa Oliver, Eduardo J. Bullrich, Alfredo González Garaño y Guillermo de Torre. Allí se desarrollaron algunas de las discusiones literarias más importantes del siglo XX argentino.

Por sus páginas pasaron autores nacionales e internacionales. Entre los argentinos que participaron se encuentran Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Silvina Ocampo, José Bianco, Manuel Mujica Láinez, Julio Cortázar, Alejandra Pizarnik, Francisco Luis Bernárdez y Ernesto Sábato. Entre los extranjeros, la nómina es igualmente deslumbrante: José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez, André Gide, Virginia Woolf, Graham Greene, Roger Caillois, Vladimir Nabokov, Gabriela Mistral...

Más que una plataforma, *Sur* influyó en:

Difusión y traducción: *Sur* lanzó primeras ediciones de obras clave en español, como *Ficciones* de Borges, *El túnel* de Sábato, *Autobiografía de Irene* de Silvina Ocampo o *Árbol de Diana* de Alejandra Pizarnik, y traducciones de Woolf, Gide o Nabokov.

Puente cultural: *Sur* se erigió como un mediador entre América Latina y Europa, dando voz a las letras e ideas de ambos mundos.

Consolidación de jóvenes autores: su fama dio exposición, legitimación crítica y conexiones intelectuales a nuevos valores.

Espacio plural y multidisciplinario: abarcó ensayo, crítica literaria y de arte, reseñas literarias y de cine, traducciones, correspondencia.

Visibilidad femenina: Aunque la mayoría de los colaboradores eran hombres, estudios recientes han identificado más de 150 colaboraciones femeninas —casi la mitad latinoamericanas—, demostrando que Ocampo buscó crear espacios femeninos en un entorno dominado por hombres.

Sur no fue solo un proyecto literario: fue un acto cultural de desplazamiento simbólico. Victoria Ocampo hizo de su fortuna y posición social un instrumento de consagración de la modernidad literaria latinoamericana. Su revista fue un espacio de libertad intelectual, un laboratorio donde lo femenino y lo cosmopolita se encontraron.

El proyecto cultural como resistencia

Crear *Sur* en 1931 fue un acto político y poético. La revista no solo dio a conocer en Argentina a autores europeos como Simone de Beauvoir, André Gide o Albert Camus, sino que abrió un canal entre América Latina y el mundo. Pero, sobre todo, creó un lugar en el que las mujeres podían hablar con los hombres en términos de igualdad. "La cultura no se impone desde la fuerza, sino desde el diálogo", le escribía Ocampo a Ortega y Gasset (*Cartas a Ortega* 58).

Pollock reclama que las mujeres deben "crear espacios alternativos de visibilidad" ante las instituciones que las excluyen (30). *Sur* fue eso: una plataforma que desbordó los

límites, un laboratorio donde lo femenino, lo intelectual y lo cosmopolita se entretajeron. Allí nació una forma diferente de hacer cultura: conversando, no imponiendo.

Una feminista sin manifiesto

Ocampo nunca se identificó como feminista militante, pero su vida es un ejemplo de lo que Pollock llama una "práctica feminista sin manifiesto" (19). En *Testimonios* reconoce abiertamente: "Ser mujer es una desventaja. No lo digo con orgullo, lo digo con pesar. "Pero una desventaja puede volverse un desafío" (77). Y ella lo transformó en eso: en un reto permanente, en un proyecto de vida para hacer la desventaja en palabra.

Para los estudios culturales es una figura clave porque no solo le puso nombre a la historia, le cambió la manera de narrarla. Como dice Pollock, "no basta con añadir nombres de mujeres a la historia; es necesario cambiar la forma en que se cuenta la historia" (14). Ocampo captó que la verdadera revolución no es escribir, sino cambiar la manera de pensar la escritura.

El legado de Victoria Ocampo es el de una mujer que hizo de la cultura un campo de resistencia. Desde su época y su lugar demostró que la voz femenina podía ser un arma de poder, reflexión y belleza. Su existencia corrobora la afirmación de Pollock de que la transgresión no siempre se juega en la confrontación, sino en la relectura y reescritura del mundo desde la diferencia.

Ocampo hizo eso: reescribió el mundo desde la diferencia. En su obra y en su acción se integran ética de la libertad y estética del pensamiento. Por eso su voz permanece: porque nos recuerda que la cultura, escrita desde los márgenes, transforma el centro.

Bibliografía

Ocampo, Victoria. Cartas a Ortega y Gasset. *Sur*, 1941.

—. Testimonios. *Sur*, 1935–1977.

Pollock, Griselda. *La mirada y la diferencia: feminismo, feminidad e historias del arte*. Routledge, 1988.

Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Nueva Visión, 1988.